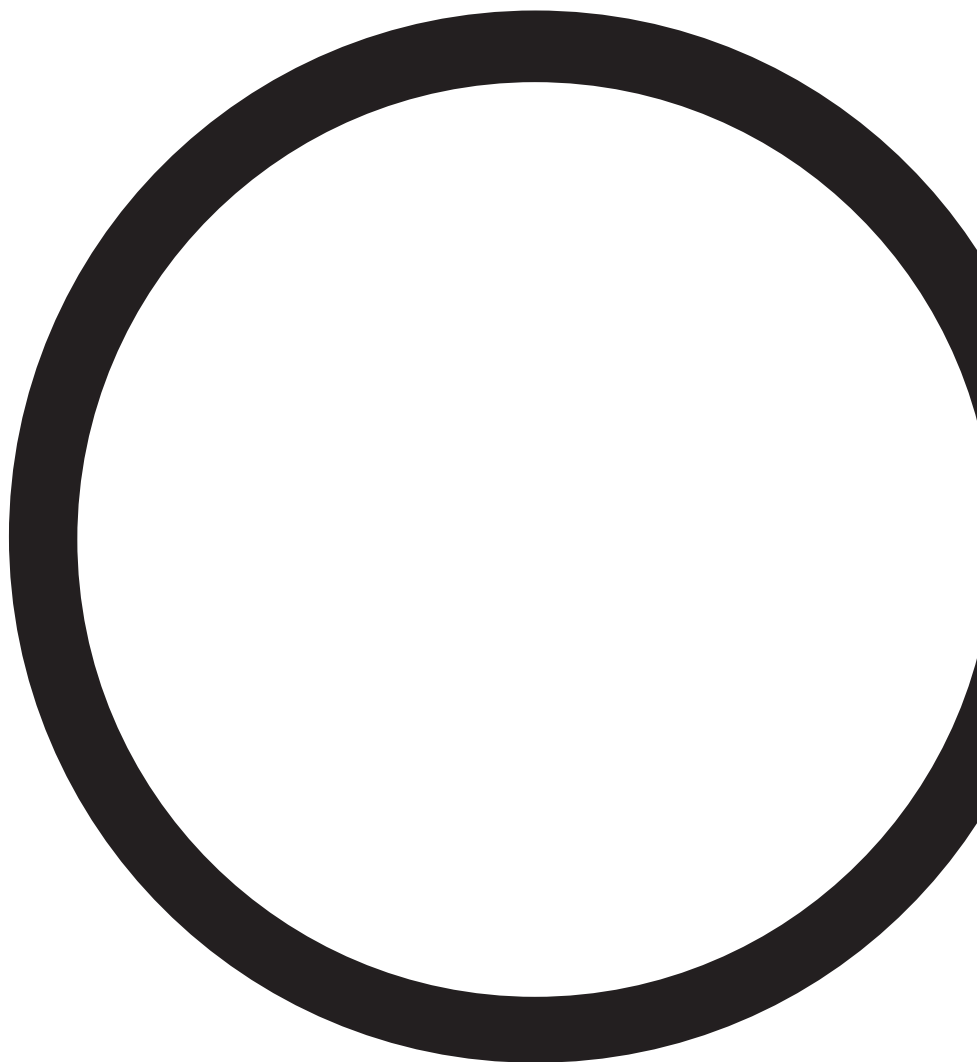


Seix Barral Biblioteca Formentor



Horowitz, Derby y Moffett

La historia silenciosa





Seix Barral Biblioteca Formentor

**Eli Horowitz,
Matthew Derby
y Kevin Moffett**
La historia silenciosa

Traducción del inglés por
Ramón Buenaventura

Título original: *The Silent History*

© 2014, Ying Horowitz & Quinn, LLC

© por la traducción, Ramón Buenaventura, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: octubre de 2014

ISBN: 978-84-322-2317-4

Depósito legal: B. 18.190-2014

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

THEODORE GREENE
El Cerrito, California
2011

Ya parecía medio muerta durante el recorrido hasta el hospital, pero no lo reconocí hasta mucho más tarde. Estaba muy decidido, creo, a no perder el optimismo. En todas las clases de preparación al parto a que habíamos asistido, eso era lo que la instructora nos decía a los hombres allí presentes, los futuros padres: «No hay magia que valga». Nos decía que lo que más necesitaban nuestras mujeres era nuestro apoyo. Nuestra paciencia. La idea era —y yo me lo creía a pies juntillas— que de una madre tranquila nacería un niño sano. Había cierta lógica en ello, y no teníamos motivo alguno para dudar de la instructora. Éramos todos primerizos, menos el tipo que se presentó en clase con una mujer a quien doblaba la edad. Él ya tenía tres o cuatro niños, me parece, de matrimonios anteriores, y la instructora, señalándolo, nos dijo: «Mitch ha pasado por esto antes. Tiene muy claro lo que es el apoyo. ¿A que sí, Mitch?». Nos reímos todos menos Mitch, que se quedó mirando fijamente a la instructora con expresión de atolondramiento. O más bien —a pesar de lo atractiva que era su mujer— de fracaso.

Otros detalles de aquel día me hicieron presentir que

algo malo iba a suceder. Cosas que me hacían difícil concentrarme en el objetivo, la tarea única de mantener el parto libre de todo pánico y todo horror. Primero fue la humedad. Lo empapaba todo. Llegué del trabajo con la ropa mojada. Al entrar me encontré a Mel en el sofá con la cabeza echada hacia atrás, sudando, con el ventilador apagado. «¿Qué haces ahí?», le pregunté, y ella me dijo: «Hoy me he quedado en casa». «¿Qué? —dije yo, comprenden ustedes—. Y ¿por qué no me has llamado? Me habría venido a casa.» Pero ella no dijo nada. Se quedó mirando al techo con los ojos entornados, como drogada. Fui a la cocina y me quité la camisa. Puse media caja de tallarines en un cacharro y cuando volví al sofá para ver cómo estaba me la encontré llorando. «¿Tienes contracciones? —le pregunté, y ella asintió—. ¿Muy seguidas?», insistí, y ella asintió de nuevo, y yo me dije que ya estábamos. Volví a ponerme la camisa empapada y ayudé a Mel a llegar hasta el coche. Se apoyaba en mí con todo su peso. Tuve la impresión de que si dejaba de sujetarla se derrumbaría por completo. Hice todo lo posible por no perder el control. Pero entonces, cuando abrí la puerta del pasajero, el taco a medio comer que había dejado en el asiento se abrió del todo y cayó rodando al suelo. Vi el taco en el asfalto del camino de entrada a casa y percibí como una pulsación de terror.

A la paternidad, sí, supongo. Recuerdo haber pensado que ese era el coche que utilizaríamos para volver con Flora a casa. Ese iba a ser su primer viaje en coche, en mi viejo cinco puertas con los asientos desparejos que olía como a pelo humano quemado. El coche de Mel era más nuevo, pero el mío le bloqueaba el paso y no teníamos tiempo. No teníamos tiempo para retroceder a un conjunto de circunstancias más favorable. Yo trabajaba en una compañía que odiaba y me dedicaba a devorar tacos en el aparcamiento de un centro comercial que había más abajo. No era ahí

donde quería estar, pero, de todas formas, ¿cuál habría sido la diferencia? Mel y yo éramos quienes éramos, y no podíamos culpar del modo en que vivíamos a nadie más que a nosotros mismos.

Metí a Mel en el coche y, como ya he dicho, emprendí el camino del hospital. Las nubes estaban revueltas y oscuras, como justo antes de una tormenta de verano. Casi parecían el humo de un incendio, desplegándose al revés tras las antenas de telefonía del intercambiador. Miré a Mel, que iba doblada en el asiento contiguo. Los ojos se le movían bajo los párpados y tenía la piel cenicienta. Me concentré en la carretera, diciéndome que todos saldríamos con bien del día de hoy, pero solo dos tercios de esta afirmación resultaron ciertos.

NANCY JERNIK
Teaneck, Nueva Jersey
2011

Empecé a tomar Ambitor como un año antes de descubrir que estaba embarazada de Spencer. Fue justo cuando acababan de ponerlo a la venta, y casi la mitad de las mujeres de Yan Talan empezaron a tomarlo. Recuerdo haber visto el anuncio, un triple desplegable, en la portada de la revista *Fortune*. Se veía a una mujer sentada ante un enorme escritorio de madera, en un despacho de esos que hacen esquina, con ventanales hasta el techo. Tenía los pies encima de la mesa y estaba repantigada en un sillón de cuero, fumándose un puro. De su boca salía un anillo de humo a medio hacer, y el titular decía algo así como «Quien manda, manda». Eso era todo, además del logo de Ambitor y de un texto en letra diminuta con la descripción de los efectos secundarios, una lista que me pareció muy corta, en mi calidad de persona que ya ha tomado antes un montonazo de antidepresivos y píldoras para controlar el peso y cosas por el estilo. Me quedé mirando a la mujer del anuncio y me dije: «Esa soy yo». Ahí es donde quiero estar. Quiero todo lo de este anuncio. No de manera superficial. No por tener una mesa así de grande ni por fumar puros ni por nada de lo que se veía en la foto, que en realidad no

estaba muy bien hecha. Más bien por la sensación de controlar.

De forma que empecé a tomarlo y de pronto tuve capacidad para *hacer cosas*. Tuve acceso a una reserva de energía totalmente nueva. Era para no creérselo, de hecho. Vamos, que me acuerdo de cómo era estar con el Ambitor y seguro que lo tomaría ahora mismo si pudiese. Si siguiera en el mercado.

Descubrí que estaba embarazada en diciembre, y Ron, en vez de asustarse o enfadarse como yo había temido, porque solo llevábamos unos meses casados, lo cierto es que se emocionó de veras. Recuerdo aquel primer trimestre como la última temporada verdaderamente feliz. Porque me nombraron vicepresidenta en febrero y me dieron la cuenta entera de Schick Quattro for Women. Y no voy a aburrirles a ustedes contándoles la cantidad de horas que me pasaba metida en mi despacho o en la sede de Schick en Milford, pero la cosa tuvo en mi matrimonio el efecto que cabía esperar. Lo vi venir todo —digamos que me recuerdo contemplando cómo se resquebrajaba mi relación con Ron, igual que un glaciar fundiéndose—, y quizá fuera el Ambitor, haciendo lo que mejor hacía... Vi que todo se iba al garete, pero no me importó demasiado. O sí, pero como te importan los personajes de una película cuando ves el modo en que se les va la vida por el sumidero.

Apenas recuerdo nada del nacimiento de Spencer, salvo que fue larguísimo. Cuarenta horas de principio a fin. Al final tuvieron que hacerme la cesárea porque el chico no salía. O porque yo no ponía suficiente empeño. Así que no tuve participación alguna en el nacimiento propiamente dicho y no me enteré de que Spencer llegó sin hacer ruido alguno. Ron se puso muy nervioso, pero el médico le dijo que era un mito eso de que los bebés salían llorando. Claro está que en aquel momento nadie sabía lo de Spencer, nadie sabía lo que le pasaba. De modo que Ron se creyó lo

que le decía el médico. Yo, si hubiera estado consciente, habría dicho algo. No lo habría dejado estar.

Nos llevamos a Spencer a casa unos días después. Ron tenía una semana de baja por paternidad en su trabajo y casi fuimos capaces de regresar al sitio en que habíamos sido felices. Pero Spencer no aceptaba el pecho. Nada en absoluto. Nos dijeron que había que esperar unos días antes de entrar en pánico, que a veces el niño empieza negándose a mamar. Pero al quinto día sin nada empezamos a inquietarnos de veras. Ron iba a tener que reincorporarse al trabajo al lunes siguiente y de pronto nos pareció muy pequeña la ventana de tiempo que teníamos para estar los tres juntos. Qué iba a hacer yo sola en la casa con ese crío que se negaba a alimentarse. Llamamos a la médica y ella nos preguntó si habíamos probado con leche maternizada. Yo le contesté que ella misma nos había dicho que no debíamos recurrir nunca a la leche maternizada, y ella dijo que sí, que la leche materna es lo mejor, pero que si el niño se niega a mamar hay que probar con la maternizada, de manera que Ron se acercó a la farmacia en plena noche y compró lo necesario. Nada más ponerle la tetina en la boca, Spencer empezó a mamar. Me recuerdo acostada en mi lado de la cama mirando a Ron sujetar el biberón mientras Spencer mamaba como loco, como si estuviera muerto de hambre —y lo estaba, supongo—. Y Ron se echó a reír con una mezcla de alivio y alegría porque por fin había algo, ahí teníamos a Spencer manifestando que necesitaba algo. Y yo en cambio me centré en Spencer: traté de excluir a Ron de mi campo de visión porque lo veía mirarme de reojo, tratando de que me riera con él, o de que sonriera al menos, pero yo tenía el estómago revuelto, totalmente revuelto. Lo único que percibía era una línea de combate, y Spencer, el bebé que había opuesto tanta resistencia a salir de mí que tuvieron que abrirme para sacarlo, acababa de pasarse al lado de Ron. Al final conseguí que aceptara mi leche, pero no logré desprenderme de esa sensación.

Los tres meses de baja por maternidad fueron como estar debajo del agua. Tanta quietud y tanto silencio, en la casa, solos Spencer y yo. Lloraba cuando tenía hambre o sueño, pero eso era todo. Nunca hizo ninguno de esos ruidos como de burbujitas que hacen los bebés. Sí que me miraba, pero poniendo una cara extraña, como si yo fuera un enrevesado problema de matemáticas en una pizarra. No sé cómo expresarlo, pero lo que parecía era que no me necesitaba mucho. Y ello, si he de ser franca, me ponía de muy mal humor. De alguna manera, siempre había esperado que cuando tuviese un hijo sería como si estuviésemos conectados con una hebra de oro. Habría entre nosotros un vínculo que me resultaría perceptible aunque estuviéramos en habitaciones o en ciudades distintas. Pero no sentía ninguna conexión con Spencer, en absoluto. Era un extraño en mi casa.

Volví al trabajo y fue como llegar arrastrándome a la orilla. Mi equipo había conservado la cuenta de Schick en mi ausencia y al cabo de pocas semanas lanzamos una enorme campaña en línea para la nueva Quattro con tecnología Flex-Edge. En aquel momento andaba ya por los 750 miligramos de Ambitor al día, solo ligeramente por encima de la dosis recomendada. Fue más o menos entonces cuando apareció aquel artículo en *Harper's* en el que se descolgaban diciendo que Ambitor era peligroso, que Ambitor tenía efectos secundarios desconocidos. Ron me animó a dejar de tomarlo, con cariño, al principio, pero acabó poniéndose agresivo. Para empezar, le achacó al Ambitor el comportamiento de Spencer, lo cual me pareció..., en fin, nadie había dicho nada de defectos de nacimiento. Aquello era típico de Ron, convertirlo todo en un problema. Yo aún tenía la esperanza de que Spencer emergiera de las profundidades, por así decirlo. Como que cualquier día lo oyese balbucear en el cuarto de al lado y al ir a verlo me sonriese y me dijera «mamá» por primera vez. Pero nunca ocurrió.

AUGUST BURNHAM
Newton, Massachusetts
2012

Me llamo August Burnham, soy doctor en Medicina y dirijo el Centro de Servicios de Neurodesarrollo del Hospital McLean de Belmont, Massachusetts. Fui yo quien le apliqué el M-CHAT (cuestionario modificado para la detección del autismo en niños de corta edad) a Calvin Andersen, poco después de mi regreso a Boston tras la gira de presentación de mi primer libro, *El ancho mar vacío: vivir con un trastorno desintegrativo infantil*. Mi publicista me recordó en varias ocasiones que la gira había sido un éxito, pero yo no lograba eliminarme la sensación de que más bien había sido perder mucho tiempo. Mucho estar sentado en habitaciones de hotel para luego hablar media hora en una librería ante diez o doce personas con toda la pinta de haber entrado allí por casualidad. Entrevistas radiofónicas con presentadores que no se habían leído el libro. Dificiles intercambios con padres de niños con discapacidad desintegrativa infantil.

Cuando volví a Boston estaba completamente agotado. No había supuesto que me fuera a resultar tan difícil volver al trabajo. Había perdido el interés en casi todo. Ello, como es lógico, tuvo su impacto en mi vida doméstica. Mi com-

pañero Bruce y yo acabábamos de adoptar a un niño hondureño con necesidades especiales, un muchacho que padecía fisura palatina y otros retrasos de desarrollo más leves..., un guapo muchacho llamado Hector, el nombre perfecto para él. Pequeño príncipe guerrero. Hector acababa de superar su primera intervención quirúrgica por la fisura palatina y necesitaba mucha atención, y yo ya..., bueno, ya me había perdido la operación por culpa de la gira del libro, y Bruce, supongo, esperaba que a mi regreso fuera doblemente solícito y atento. Pero no logré entregarme a la tarea.

Con todo esto quiero decir que cuando examiné a Calvin no me encontraba en mi mejor momento. Calvin había cumplido los treinta meses sin empezar a hablar, y sus padres se lo habían traído a McLean desde Hadley, una población del oeste de Massachusetts. La pediatra le había diagnosticado a Calvin un retraso en la motricidad oral que, en su opinión, podía corregirse mediante terapia del lenguaje y del habla. Se pusieron en manos de una patóloga del habla que les dijo no haber visto nunca un caso tan agudo como el de su hijo, en quien no se observaba la menor traza de desarrollo oral. Los padres querían a toda costa un diagnóstico más satisfactorio. Al parecer, Calvin se había desarrollado con normalidad al principio, pero a los dieciocho meses, cuando los rudimentos del lenguaje suelen manifestarse, no empezó a utilizar palabras ni signos. Lo que más inquietaba a los padres era que Calvin no solo no hablaba, sino que no parecía querer ninguna clase de comunicación, ni con ellos ni con nadie. No se le veía ningún deseo de expresarse de ninguna manera.

Acudieron a mí pensando que yo podría detectar eso. Como si yo hubiera sido una especie de brujo con capacidad para establecer contacto con el espíritu maligno que poseía a su hijo. Cualquier validación de la comunidad médica constituiría un sólido apoyo para esos padres. Les per-

mitiría seguir adelante en la dirección que les marcara el diagnóstico. Y el caso era..., el caso era que no parecían dispuestos a marcharse sin un diagnóstico. Yo ya estaba muy quemado, como acabo de explicar, y su empeño me puso de peor humor todavía. Seguí adelante, sin embargo, y sometí a Calvin a algunos ejercicios para el M-CHAT. Le pedí que se colocara en la alfombrilla acolchada del centro de la consulta. No reaccionó a la orden, pero me miró cuando se la expresé, lo que significaba que me había oído y que reconocía mi presencia. Le señalé la alfombrilla y le repetí la petición, y se limitó a mirarme fijamente a la cara. Le di las instrucciones por tercera vez, pero no cambió el modo de mirarme. Eso me llamó la atención. No era para nada un comportamiento de niño, digamos, autista. Me acerqué a la alfombrilla y me arrodillé en ella, y él me siguió. Se habría dicho que estaba interesado en lo que hacía yo, ¿verdad? Tampoco es ese un comportamiento típico del autismo o enfermedades similares. Le hice un visaje, una especie de sonrisa de payaso, y le pedí que hiciera lo mismo. Pero no hizo nada. Le saqué la lengua y le pedí que me la sacara él a mí y no hubo respuesta. Ningún sonido, ninguna señal de haber comprendido lo que le pedía, pero sí, de nuevo, cierto nivel de atención que habría resultado extraño en cualquier niño. Algo frío y analítico, casi como si hubiera estado examinándome.

Al final se quedó corto en algunas de las comprobaciones críticas del diagnóstico. Había algo raro, pero tuve que decirles a los padres de Calvin que no estaba totalmente seguro de qué podía ser. No era, desde luego, un trastorno disgregativo infantil —del cual, para qué negarlo, yo ya estaba harto de hablar—. Pero Calvin tampoco presentaba ninguno de los síntomas clásicos de los trastornos del espectro autista, dejando aparte los problemas de lenguaje, que eran muy profundos. Estaba totalmente despistado, si he de ser franco, pero Calvin me intrigaba, y

pedí verlo otra vez para hacerle más test. Noté una recarga interior, como si algo perdido me estuviese volviendo. Era exactamente el punto focal que me hacía falta. Exactamente el tipo de territorio inexplorado en que siempre he querido adentrarme.